



Convento de San Gines, en el campo de Salinas, provincia de Alicante.

EL TEATRO ANTIGUO.

Son curiosas, y dan una idea de lo que fué en ciertas épocas el teatro y los representantes españoles, las siguientes reglas dictadas por el Consejo de Castilla, de acuerdo con los teólogos, para el orden de los espectáculos teatrales. Sin embargo, antes y después de dictarse estas reglas hubo gran libertad en nuestros teatros, especialmente en la representación de comedias, aunque *hiciesen tanto daño en las costumbres* como las de Lope de Vega. Hé aquí estas reglas, que pueden considerarse como una transacción del Consejo de Castilla con la opinión y la costumbre, pues aquel quería nada menos que los tales espectáculos se desterraran del reino.

I. Que las compañías fuesen seis ú ocho, y que se prohibiesen las llamadas de la legua, en que andaba gente perdida en los lugares cortos.

II. Que las comedias se redujesen á materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos políticos, y que *todo esto fuese sin mezcla de amores*; que para conseguirlo se prohibiesen casi todas las que hasta entonces se habían representado, especialmente *los libros de Lope de Vega, que tanto daño habían hecho en las costumbres.*

III. Que en ningún lugar del reino se representase comedia sin que llevase licencia del comisario del Consejo.

IV. Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el *degollado* de la garganta y espalda y que en las cabezas no sacasen nuevos usos ó modas, sino la compostura del pelo que se usase.

V. Que ningún hombre ni mujer pudiese sacar mas de un vestido en una comedia, si ya la misma representación no obligase á que se muden, como de labradores á otros semejantes; ni las mujeres se vistiesen de hombres; y que sacasen las basquiñas hasta los pies.

VI. Que no se cantasen jácaras, nisátiras, ni seguidillas, ni otro ningún cantar ni baile antiguo ni moderno, ni nuevamente inventado, que tuviere indecencia, desgarro, ni acción poco modesta; sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia, danzas de cuenta y todo con la mesura, que en teatro tan público se requería, y que

los cantares y bailes que tuviesen alguna representación, no se pudiesen decir ni hacer, sin que estuviesen pasados y registrados por el comisario del Consejo.

VII. Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras; y si el baile fuese de calidad, que se hubiesen de poner cerca hombres y mujeres, fuese con acción y modo muy recatado.

VIII. Que no pudiese bailar, ni cantar, ni representar mujer ninguna que no fuese casada, como se había mandado.

IX. Que los vestuarios estuviesen sin gente, ni entrasen en ellos mas que los comediantes y sus ayudantes: y que la comedia se empezase á las dos en invierno, y á las tres en el verano, porque no se saliese tarde.

X. Que asistiese un alcalde á la comedia, en la forma que se acostumbra, con asistencia tan precisa, que no faltase en ninguna, aunque se repiesen muchos dias: y que las justicias contuviesen los desórdenes de los representantes, visitando sus casas, rondando sus calles, y procurando desterrar de ellas la gente ociosa que las frecuenta, *no con poco escándalo de la corte.*

Por un sugeto que escribía ó avisaba á otro de lo que pasaba en esta corte, no solo consta el tiempo fijo en que se intimaron estas leyes, sino que añade algunas nuevas circunstancias. Dice así:

«En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto á comedias y á comediantes. Hanse hecho á instancia de don Antonio Contreras, del Consejo real de Castilla y Cámara. En primer lugar, que no se puedan representar de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias ó vidas de santos: que farsantes ni farsantas no puedan salir al tablado con vestidos de oro ni de telas: que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que sean todas casadas: que no se puedan representar comedias nuevas, nunca vistas sino de ocho en ocho dias: que los señores no puedan visitar comedianta ninguna arriba de dos veces: que no se hagan *particulares* en casa de nadie, sino es con licencia firmada del señor presidente de Castilla, y de los consejeros, etc.» *Aviso primero de marzo de 1644.*

31 DE JUNIO DE 1855.

GUACANAJARI.

Yo soy Guacanajari (1), descendiente de los reyes hijos del sol y de la diosa que vive debajo de las ondas del mar en cuevas de aljofares y perlas: ella amó á Vagoniona, (2) y le dió las sagradas Cibas y los Guaninos que rodean mi cuello: él enjendró mi linaje, que es el mas fuerte y el mas puro de la tierra: á su sombra nacieron todos los hombres en Cazibaxagua (3) y en Amayauna: puso á Machokael (4) de guarda en la gran boca del monte Cauta, y allí colocó el linaje de los nacidos.—Machokael quiso saber de dónde venia la luz; y durante la noche levantó sus ojos al cielo, y se apartó de su asiento: por la mañana vino el sol alumbrando el universo, y quedó convertido en piedra: entonces los hombres salieron de las cuevas de Cazibaxagua y Amayauna y se esparcieron por Habiti y desde aquel día mi generacion fué la primera, y yo soy el rey de los reyes y el señor de todo lo que baña la mar.

Mis ojos los cerró la mano del ángel de la vida, que apagó mi aliento; yo dormí en el sepulcro; sobre mi cabeza descendió un espíritu blanco como la estrella de la mañana, rodeado de azul y de oro; besó mi frente, que se había convertido en hielo, y sentí abrasado de fuego el corazón: cuando abrí los ojos, ya habían desaparecido el espíritu, los montes de Caunaná, (5) la vara de la justicia, mi corona y los Guaninos de mi padre Vagoniona; y oí una voz del cielo que decía:—«Es necesario dormir para despertar el último día del mundo»; desde entonces descansó mi cabeza en la piedra funeraria, y el soplo de Dios no ha dado vida á mis huesos hasta hoy que penetra debajo la montaña, que me defiende de la inclemencia de las edades; y yo me levanto á llorar sobre mis pueblos.

Habiti... Habiti... escucha mi voz de lágrimas: yo soy Guacanajari, el rey de los reyes, que alcé la justicia hasta el trono de las estrellas; te infundí el amor y la verdad, y rompí la vara de la ingratitud y del engaño, para que no la soldara nunca la perversidad de los nacidos: yo soy tu padre, el que te enseñó á cultivar la tierra, á curar tus enfermedades y te defendió de los furores de la maldad y de los estragos y ruinas de tus enemigos...

¡Qué solo estoy, Dios mío!... A mi voz de luto y de tormentos nadie responde... me rodea la sombra de Vagoniona, y toda mi generacion da reyes. ¡Qué negro es el recuerdo de los últimos tiempos de mi vida! Ellos vienen al través de los siglos atropellándose como una tormenta, á rebatir en mi angustiado corazón... mejor es la quietud de la muerte, que este horroroso martirio, en que el entendimiento aturrido tiene que esperar con dolor, la onda insondable de los

recuerdos amargos. Padre mío, acuesta mi frente sobre el sepulcro, que allí no me despedaza la memoria de los sucesos pasados... ¡Nadie me responderá... ¡el destino quiere que yo cante por última vez los años de mi triste vida.

Oíd fértiles colinas del Yaqui (1) cubiertas de flores, fresquísimo ríos, árboles antiguos como el mundo, vosotros todos los que teneis una alma dulce, y el sentimiento del amor, escuchad el eco de mi lira.—Yo la he cubierto de hojas de ébano negro, y he mojado sus cuerdas con las lágrimas de mi corazón, porque quiero que su sonido sea como el gemido del que llora, como el eco del ruiseñor que muere de tristeza á la sombra de la luna, como el arrullo tímido y melancólico de la tortolilla de los ojos de fuego.

¡Pasaron muchas generaciones... el ángel bueno de la paz había sembrado sus semillas sobre la tierra de mis padres; sus sepulcros estaban coronados de flores; el enemigo no venia á lanzar sus flechas contra mi trono; yo dormía tranquilo en medio de las montañas; la luna velaba mis sueños, y el silencio de la noche envolvía mi cabeza, consolando mis recuerdos.—Desde que nací, no había derramado una lágrima: mis pies pisaban sobre el oro cernido finisimamente para alfombrar mi camino. Ainaidá era la madre de mis hijos, que yo amaba, como los árboles el rocío de la mañana. Tenía dos príncipes de la sangre de Vagoniona que iban á heredar las cibas de mi cuello y mi corona. Pero el génio del mal cortó el hilo de mis días felices, rompió las alas al ángel de mi destino, y sentí el presentimiento de la desgracia que no me dejaba respirar; sonó la hora de la amargura, y mi boca probó la hiel...

El sueño desapareció de mis ojos: cuanto vi á mi lado se convirtió en dolor... por tres días no salió el sol; la tierra estaba oscura; el cielo pálido como la hoja del árbol que va á caer; en el horizonte apareció una corona encendida, como la cabeza del monte Cauta, cuando vomita fuego, y el mar turbio no recostaba sus verdosas ondas sobre la arena. Aflijido, levanté la frente, pedí al Señor del mundo que tendiera su piadosa mano sobre mi tierra de Habiti.—Llamé al ruego las vírgenes, los sacerdotes, los sabios y á los que hacían justicia. Todos me rodearon temblando; los ancianos se cubrían los ojos; las vírgenes se postraron de rodillas, y el fuego de los altares apagado sobrenaturalmente no obedeció el frote de la robusta y lijera mano del sacrificador... ¡La maldición había caído sobre la raza de Vagoniona!...

La tribu de mis guerreros, numerosa y fuerte como el bosque de palmas y mirabolanos, (2) rodeó mi asiento, el ruido de su furor atronó la tierra.—El silencio de la desesperacion sucedió al impetu terrible de la rabia: los adivinos estaban trémulos; todos fijaban en mi los ojos: levanté el brazo, y arrancando de mi cuello las sagradas Cibas, las arrojé sobre el altar del fuego sagrado: el Tzemes (3) permaneció silencioso; pero el altar resonó con doloroso gemido; los guerreros volvieron al suelo las puntas de sus armas: Los butios (4) no despertaron de su delirio santo, las vírgenes destrenzaron sus cabellos y mi pueblo lloró torrentes de lágrimas. La maldición había caído sobre Habiti, y el tiempo de la desgracia iba á comenzar para siempre. Mas tarde vino la oscuridad; no había estrellas en el espacio: la luna estaba rodeada de sangre; no refrescaba el aire, el calor sofocaba cuanto existía: las plantas abrasadas morían para siempre... mi pueblo se retiró aturrido á llorar mi pesadumbre... y empuñé mi flecha para romper para siempre las alas de mi corazón... pero el ángel bueno deluvo mi brazo y me llevó á las orillas del mar á esperar la salida del sol.—Tenía fijos los ojos en el oriente: la mar comenzó á estrellar sus olas en los arrecifes de la playa, su espuma salpicó mi cabeza, y de mis ojos caían lágrimas de fuego.—El cielo se ennegrecía cada momento mas: de pronto las nubes abrieron en el horizonte anchisima caberna, y por ella salió el Señor del día, cubierto de rayos; de rodillas lo bendije: en mucho tiempo no separé los ojos del torrente de fuego con que vivificaba la tierra: luego los tendí en el horizonte, y vi tres (5) animales terribles y prepotentes que sobre las aguas levantaban sus tremendas cabezas tendiendo sus brazos á mi encuentro.—El terror

(1) Guacanajari. Era rey en la isla de Habiti: de carácter dulce y hospitalario: vivía cuatro leguas de la mar en lo interior. El 21 de diciembre de 1492 envió su primera embajada á Colon, pidiéndole que fuera á visitarlo: el almirante le mandó sus capitanes y luego fué á verlo ajustando con él un tratado de comercio.

(2) Vagoniona, según la tradición habitiana era el padre de los hombres á los cuales tenía encerrados en dos cuevas, sin que vieran el sol: un día mandó al pescador Huacani, su amigo á las orillas del mar: este, curioso de ver, se detuvo en ellas, y lo sorprendió la mañana convirtiéndolo en ruiseñor. Vagoniona estristecido de la desaparición de su amigo, á quien oía llorar convertido en ruiseñor por la noche, sacó de las cuevas las mujeres y los niños de ésta, dejando en ellas solos á los varones. A las madres é hijas las puso en la isla Malinino, que luego se llamó Matalino. A los niños los llevó consigo: oprimidos del hambre y la sed al llegar á una ribera, comenzaron á decir *Toa, Toa*, que es como *mamá, mamá*, y se convirtieron en ranas. Vagoniona, protegido del cielo, era el único hombre que vagaba á la luz del sol: buscando á su amigo Huacani vio en el profundo del mar una mujer muy hermosa, se arrojó por verla hasta el fondo, ella lo recibió en sus brazos, gozó con el de los placeres del amor y le dió unas cuentas de marmol negras á las que los indios llamaron Cibas; le regaló tambien unas tablillas de aljofar llamadas Guaninos. Estas joyas fueron luego la señal de distinción de los reyes, y las usaron siempre como cosa sagrada, por haber pertenecido á Vagoniona padre de su linaje y su rey. Los hombres que quedaron en las cuevas como no tenían ni á su señor ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron y buscando un consuelo, se arrojaban por las noches en las lagunas. En una ocasión al entrar en ellas, vieron de lejos ciertos animales, que en la figura parecían mujeres, y que como escuadrones de hormigas subían y bajaban por los árboles Mirabolanos: cogieron algunos; pero resbalaban como culebras de agua y se les escapaban; buscaron entonces entre ellos los que tenían las manos leprosas, ásperas y llenas de callos y que por este medio las asegurasen: estos que padecían lepra, y se llamaba Caracoles, fueron á cazar aquellos animales, cogieron cuatro, quisieron usarlos como mujeres; pero los hallaron sin sexo. Llamados á consulta los viejos, les aconsejaron que buscaran al ave llamada Pico, que es el carpintero real, pájaro preciosísimo encarnado, amarillo y negro, el cual con su agudo pico señaló á los animales en forma de mujer, la parte que les faltaba, teniendo los Caracoles con sus manos ásperas, sostenidos los animales por las piernas; mientras duró la operación: los animales quedaron luego convertidos en verdaderas hembras y con ellas extendieron la raza de hombres y mujeres que luego pobló á Habiti.

(3) Cazibaxagua. Era la mas capaz de las cuevas. Amayauna la menor, en ellas tenía Vagoniona encerrados los hombres, las mujeres y los niños.

(4) Machokael. Era el que guardaba las cuevas y los hombres, el cual ni de noche ni de día se quitaba de su entrada.

(5) Caunaná. Así se llamaba la provincia donde se encontraban las dos cuevas de donde creían los indios había salido el género humano.

(1) Yaqui: río que descubrieron los españoles á 10 leguas de la primera ciudad que fundaron y donde desembocaban multitud de arroyos: á 10 leguas de Cibas; cerca de este río, y al pie de la montaña encontraron los españoles una hermosísima llanura de 20 leguas de extensión serpenteada de arroyos y poblada de habitaciones.

(2) Mirabolanos. Llamaban los indios á unos árboles en que se habían transformado los hombres que salieron de las cuevas á mirar el sol.

(3) Tzemes: especie de divinidad de forma monstruosa que tenía cada cacique, medianera de su dios y con quien consultaban sus negocios y los accidentes naturales.

(4) Butios: los sacerdotes que practicaban abluciones y ayunos y tomaban unos brevajes que les producía un terrible delirio, en el cual tenían sus visiones.

(5) Los indios creyeron al ver los Caracoles sobre el mar, que fueron animales.

embargó mis sentidos; me retiré de la orilla á las entrañas del monte Cibao (1) y allí, como la paloma aturdida, del rayo, caí sin sentido.

Por la mañana me rodeaban mis guerreros: los sacerdotes predican el último día de Habiti: los sabios murmuraban la oración de los muertos; las madres ocultaban entre sus manos las cabezas de sus tiernos hijos, estrechándolos contra el corazón: los ancianos de rodillas inclinaban sus arrugadas frentes.—Yo levanté mi brazo, que estaba entumecido por la desgracia para llamar mi pueblo; y estirando con furor la cuerda de mi arco de guerra, lancé mi flecha que cruzó las nubes y el Aura (2) que tocaba las estrellas, cayó á mis pies, como herida de la centella... «Habiti, le dije, mi Dios me anuncia que viene el enemigo de la mar que aguardaron nuestros padres;» y mi voz resonó por las montañas, como el eco del trueno.

El aire se llenó con mi grito que tocó en el cielo... me rodeaban mas soldados que Mirabolanos tenía la selva; (3) Caonabo, feroz como la tempestad, los mandaba: no había espacio en la llanura del Yaqui para un ejército tan grande de caciques, ¡quién hubiera sido bastante fuerte para atreverse á lidiar con la bravura de Bohechio, (4) que era duro como el Hacaña: (5) con el valor de Manicate, (6) astuto como la serpiente, y con aquella raza de capitanes que iban con sus flechas á buscar las águilas cerca de las estrellas!—Yo los veía moverse como escuadrones de nubes, y su grito de guerra era á mis oídos, como el mugido del mar y el rumor espantoso del trueno que anuncia la tormenta. «Paz á mis hijos», les dije, levantándome sobre lo alto del monte Cautá (7).—«Paz á mi pueblo, paz á mis hermanos... Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; él derrama la lluvia para hacer brotar el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa: da movimiento á las aguas del mar y por él sucede todo: su dedo señala la tristeza y la alegría, la ruina y la felicidad, la vida y la muerte; él siembra en el corazón de los reyes el odio y la amistad, la paz ó la guerra. Hasta que él no señala el día con su dedo de fuego, hijos de Habiti, no ha llegado la hora tremenda de los combates: el Dios de Vagoniona ilumine vuestro corazón, como envuelve mi espíritu inquieto y bañado de lágrimas en dulzura y mansedumbre.—Caonabo, apacigua el furor de tus guerreros, y espárcelos por la llanura; Bohechio y Manicate, dulcifica la ira: caciques y sacerdotes, la paz sea con vosotros; vírgenes de Habiti, mi alma no está inoculada con el amargo veneno del odio y la venganza: secad vuestras lágrimas, que en el fondo de mi espíritu brota la paz y la esperanza como la flor de la primavera que derrama por el cielo sus perfumes.»

En aquel momento el eco del caracol retumbó en los montes, mi corazón se estremeció... los guerreros coronaron la sierra y la llanura que estaba ya tranquila, como cuando se apacigua la mar azul después de una grande tormenta, se lleno de ruido... «Rey de los reyes, gritó el cacique de Maguana; el extranjero pone la atrevida planta en las playas de Habiti; su frente es blanca como el fruto de la seiba; lo acompañan tres caciques de Saamoto (8) y de Cuba.»—«El extranjero que viene con mis hermanos, les dije, busca la paz de mi corazón, y el alma de Guacanajari lo recibe con la dulzura de la miel.»

Y el extranjero llegó hasta mi trono: venia sereno, rodeado de sus soldados como en medio del espacio la luna: su aspecto estremeció mi espíritu.—«Saluda los hijos del cielo», me gritaron los caciques de Cubanacán (9). Yo tendí los ojos en el horizonte, y después los fijé en su frente; su color era como el de la flor del Espino (10); los ojos centelleantes; traía la cabeza coronada de agudísimas puntas, las mejillas

cubiertas de largos cabellos: envolvía sus hombros y membrudos brazos en un metal mas brillante que el oro de Cibao.—«La paz del buen ángel te acompañe, extranjero; les dije, y por su amor te ofrezco la hospitalidad de mi pueblo y del palacio de Vagoniona.»

Los hijos del cielo besaron mi frente, los estreché en mis brazos; les abrí de par en par las puertas de mi corazón; les entregué mis vírgenes, el recinto de mis tesoros y les cedi la hamaca (1) nupcial donde Vagoniona enjendró mi linaje. El extranjero cerró los ojos al sueño; después de apagar la sed con el agua fresquísimas del coco y el hambre con el maíz y el Cazabe (2). Las vírgenes hermosas como las estrellas del cielo, purísimas como las gotas del rocío de la mañana sentadas en tierra, dejaron reposar silenciosas sobre su corazón las cabezas fatigadas de los hijos del cielo... El descanso se apoderó de sus espíritus, veló su sueño como guardó el ángel de la muerte la osamenta de los reyes en la puerta arenosa del sepulcro de Vagoniona.

«Guacanajari, me dijeron al salir el sol, Colon, almirante del rey de Castilla y de Leon, es nuestro capitán; él te saluda y te envia paz porque eres bueno: tu hospitalidad es dulce como la miel; y tu corazón es de ángel.»—«Estranjeros, respondí, nunca han llorado mis ojos de tristeza, ni mi alma ha sentido la amargura del remordimiento; mis pueblos viven felices: adoran el sol que les dió la vida y á Vagoniona que enjendró mi linaje. Mi hospitalidad es siempre compasiva y jamás llegó á mi puerta el que llora, sin que mi mano enjugara sus lágrimas.» De mi tesoro descolgué la cabeza (3) del Dios de la Hipocresía, con las orejas, su nariz y la lengua de oro macizo, el cinto de huesos sagrados de los peces del mar, entretejido de hojas de madre perlas, y le mandé aquel presente al jefe de los hijos del cielo.

Al día siguiente rodeado de los caciques del valle, llegué donde estaba con sus grandes barcos: descendí de mi palanquin y pisé la arena para llegar á sus tiendas vestidas de colores: de pronto la tempestad levantó las turbulentas ondas de la mar: sopló el viento del norte con el furor de la destruccion; y sus palacios de madera, que no eran lijeros como mis canoas, rechinaban espantosamente sobre las espaldas del Océano; el extranjero palideció de miedo; yo corrí á la playa; ante mis ojos se hundió en medio de montañas de espuma, uno de aquellos palacios (4) que le servian de vivienda... Le habia ofrecido mi corazón de amigo y su pena traspasó de dolor mis entrañas. Hice venir á mi pueblo á darle ayuda; saqué del fondo de las aguas sus tesoros; consolé su pena; y cuantas arenas de oro tenia en Harien, cuantas plumas preciosas las aves de las selvas, todas se las di para apaciguar su amargura y consolar su tristeza...

Colon enternecido de mi amistad, viendo correr mis lágrimas, estrechó mis manos sobre su corazón. Anudé su cuello con mis brazos; y mis guerreros se arrodillaron á besar las huellas de su planta.—«Yo habitaré á tu lado, rey Guacanajari, me dijo: seré tu hermano y te defenderé de tus enemigos, porque yo tengo en mi poder el trueno y el rayo; á mi furor se estremecen la tierra y caen destruidos á mis mandatos los árboles corpulentos.» Escucha, rey Guacanajari, «dijo; y de su lado reventó un volcan (5) de fuego terrible, su estampido resonó por el cielo y la tierra, y la palma que besaba las nubes, se derrumbó á mis pies tronchada del rayo.—Me estremecí de espanto. Mis guerreros cayeron de rodillas y mi pueblo huyó á ocultarse entre las montañas y las profundidades de las cuevas.—«Hijo del cielo, le dije, calma tu poder omnipotente y deten el furor del monstruo que vomita la centella y despedaza de una manera tan terrible lo mas fuerte de la tierra; yo te he dado mis tesoros y mis vírgenes.—Hijo del cielo, señor del trueno, dame tú la amistad de tu corazón.»

«Sí; contestó el extranjero: yo te lo doy ante mi Dios: ella no te desamparará nunca.» Mi alma se estremeció de alegría. Lancé mi flecha al aire llamando á mi pueblo; y de las montañas, y de los bosques y de las sabanas salieron los caciques, y los guerreros y los sacerdotes.—«El extranjero es hijo del cielo azul de nuestro Dios, les grité;» y todos inclinaron la cabeza doblando ante él las rodillas. Yo tenia la frente serena y sonreía; pero mi espíritu estaba melancólico: cruzaban delante de mí los recuerdos del pasado, desenvueltos del velo sepulcral del olvido, y las sombras de los reyes de Habiti me ahogaban con sus gemidos; Vagoniona y la madre de mi linaje se presentaban á mi vista

(1) Cibao. Era un país pedregoso, compuesto de montañas escarpadas que estaba á 18 leguas de la ciudad de la Isabela; en él no se encontraba mas sombra que en la union de las montañas que estaban cubiertas de pinos corpulentos y de riachuelos. Allí vieron los españoles las primeras minas de oro y dos cuevas de ámbar y de lapiz lazuli.

(2) Pajaro de rapina de color negro y de la especie del águila; se mantiene de carnes de animales ó cadáveres, vive en las crestas de las montañas y vuela cerca de las nubes.

(3) Caonabo. Era un cacique dueño de las minas de Cibao donde tenia sus estados, el cual destruyó la fortaleza que dejó Colon en la isla y mató los españoles: este americano fiero habia tomado la resolución de exterminarlos á todos.

(4) Bohechio. El mas poderoso de los caciques y el que vivia mas distante de la Isabela.

(5) Anocoana, hermano de Bohechio, mujer de Caonabo.

(6) Manicate, hermano de Caonabo.

(7) Cautá. Era la peña en donde estaban las cuevas de Amayana y Caribajagua.

(8) Saamoto. La cuarta isla descubierta, á quien puso Colon el nombre de Isabela el 27 de octubre de 1492; después descubrió á Cuba que así la llamaban los indios de Guanahani que lo acompañaban.

(9) Cubanacán. Provincia donde los indios dijeron á Colon se encontraba el oro.

(10) Especie de cañas cuya hoja tiene cerca de una vara de largo y dos de ancho: este árbol suele tener tres varas de alto; en el remate da por flor una ramilla de tres cuartas de largo de la clase de las azucenas, las cuales á su tiempo se marchitan para dejar lugar á un fruto de color de oro y de la forma del híspero del Indostán.

(1) Hamacas. Las camas de hilos de coco y algodón que colgaban en los árboles.

(2) Yuca. Raíz de la especie de la batata, mas dura, menos dulce y que cocida es glutinosa y de buen sabor.

(3) Esta máscara y cinto de huesos de pescado y conchas de mar fué el primer donativo que Guacanajari hizo á Colon.

(4) El naufragio de la Santa María, nave que montaba Colon en el lugar de Punta Santa, por haberse dormido el timonel, confiándole el cuidado de la carabela á un joven inexperto, que la dejó arrastrar de las corrientes, dejándola borrar en un banco de arena.

(5) La primera vez que oyeron los americanos el ruido del cañon.

como el monton de arena que deshace el furor de las tempestades... dominado por estas imágenes crueles pisé el umbral de Marien (1). ¡Qué triste y qué devorado de pesadumbre estaba mi corazón!...

Cuando entré en mi palacio, vino Ainaina pálida como la muerte á besar mi cabeza; el ardor de la fiebre me consumía; derramó sobre mi frente sus lágrimas puras como el rocío de la mañana. ¡Pobre Ainaina!... ¡Aun estremecen mi alma tus recuerdos! ¡Por qué tú fuistes para mí la estrella en medio de la tormenta! ¡pero mi espíritu estaba dominado por el ángel malo!... Recordé el momento en que nacieron mis hijos; maldije la hora primera de su existencia y la alegría que tuve al bendecir sus cabezas. — Ainaina se sentó á mi lado, como el pájaro que estremecido de miedo se salva de la garra del águila buscando un amparo en las cavidades de las rocas: sus ojos, melancólicos como la luna, estaban fijos en los míos, que tendían la mirada en el cielo de la noche sin brotar una lágrima. Mi semblante estaba arrugado por la pesadumbre: había perdido la esperanza para siempre... sentía en el corazón el frío de la muerte... recosté la cabeza sobre los hombros de la pobre y melancólica Ainaina... ¡Pobre alma del alma mía!... así me encontró la mañana.

Canuabo vino á la primera luz, sus ojos brotaban sangre: su mirada era feroz: llegó hasta mí, silencioso y sombrío como la tempestad; empuñaba el arco de guerra. «Guacanajari, me dijo: el ángel malo ha tendido sus alas sobre Habiti: Cacique, levanta el cuerpo y tu alma, para luchar con el enemigo extranjero, que por la mar viene á sembrar de cadáveres la tierra de nuestros padres. El dios de las batallas enfurece mi corazón: guerra, Guacanajari, empuña la aguda punta para herir de muerte, y que las orillas del mar se tiñan de sangre.» «Canuabo, respondí sin aliento; el extranjero es hijo del cielo; domina el trueno y el rayo, y es nuestro amigo. Tu rey le ofreció hospitalidad y las osamentas de nuestros padres se estremecerán en el sepulcro si la traición se apoderara de mis entrañas. Caonabo, aquietá tu furor, vuelve á Cazibaxagua, y apacigua los guerreros. Vuelve á Amajunna y apacigua á los guerreros. Caonabo inclinó la frente; y nublado el semblante de odio y de dolor, se alejó de mi vista silencioso.

Al otro día el extranjero descendió de sus barcos: sus guerreros deslumbaban como la luz sobre la planicie de las aguas, como brilla el rayo de la luna formando escamas de oro en las noches apacibles en medio de la laguna. El extranjero clavó sobre la tierra su bandera: levantó un altar á su dios; sus guerreros lloraban de alegría; el altar se envolvió en nubes de suavísimo olor, y el ruido del trueno saludó el sacrificio. Yo oí una armonía celestial, mas dulce que el gemido del ruiseñor y que el canto de las vírgenes de Habiti; todos se pusieron de rodillas, y mi pueblo también bendijo al dios de los guerreros. ¡Qué maldita fué la luz de aquel día!... Junto al altar estaba una mujer mas hermosa que el sol y que la luna; sus ojos dulces, como fuego eran ardientes, y como la mirada de la paloma; su frente serena como el cielo de la tarde; su boca encarnada como la flor del mamey; los dientes como la espuma del mar; sus cabellos negros, como el ébano, caían en dos trenzas hasta besar su cuello; era esbelta como la palma de la sabana (2), y sus manos hermosas como las flores del espiño. Mi corazón se estremeció... y bendije á su dios...

La mujer levantó los ojos: su mirada era cruel: sobre el cuello llevaba perlas, negras como la noche y como los guaninos de Vagoniona. La miré con la ternura de mis entrañas... cruzó delante de mí, como las nubes de color de rosa por encima de los montes; mis ojos la siguieron hasta la orilla del mar; el extranjero, acabado el ruego, volvió á sus grandísimos barcos; yo me encerré, envenenado ya por la desgracia, á llorar mi dolor en el rincón mas oscuro de mi palacio de Marien.

Estaba ya para siempre triste mi alma: había maldecido el primer día de mi vida y el momento en que nacieron mis hijos; el aire me pesaba en el corazón... pero desde entonces aborrecí la luz que miraban mis ojos intranquilos... en todas partes me hallé solo; la noche perdió su calma para mí; el sol no tenía color, ni los campos flores: de mi espíritu se apoderó la melancolía lúgubre del sepulcro; el gemido del ave, el ruido monótono del torrente, el frío de la cueva de Cazibaxagua, era lo único que apetecía. Y yo necesitaba morir, la muerte sola podía aliviar el dolor y desesperación de mis entrañas, porque las alas de mi corazón habían caído desechas para siempre...

Así corría mi existencia... El extranjero pisaba la tierra de mis padres, penetraba en las cuevas sagradas, y en el recinto eterno del monte Cauta, donde nacieron los hombres. Mis pueblos le daban sus hijas y sus mujeres y el oro de los ríos y de cibao. Ainaina, triste como arrullo de la tórtola, se consumía de dolor, viendo el dolor de mis entrañas; dolor que la pobre desconocía, porque era buena y dulce como la miel de las abejas de Guanani: Caonabo y los guerreros de la sierra, llenos de odio, no descendían á la llanura aguardando la hora sangrienta de los combates; y los sacerdotes y las vírgenes se escondían liberosas en las cavernas solitarias de Cazibaxagua. El silencio y la tristeza del sepulcro reinaba en Habiti.

¡Amargos recuerdos de la vida!... ¡aún después de los siglos me despedazais el alma y me oprimís como una mano de hierro!... la imagen de la extranjera se había apoderado de mi espíritu de un modo cruel; en todas partes la veía, envuelta en los rayos del sol, en los nublados, en la pálida sombra de la tarde, en la oscuridad de la noche, en el silencio de las cuevas, en el ruido del mar, en el furor de las tempestades; ¡en todas partes sus ojos me abrasaban clavándose en mis entrañas como una flecha en-venida! ¡qué grande fué mi delirio...! la vista de Ainaina me estremecía... me helaba de espanto la sonrisa virginal de sus inocentes hijos; porque yo adoraba la extranjera con el amor del delito; con el furor del crimen; con el entusiasmo omnipotente del genio, y en el seno mismo de la muerte la hubiera buscado convertido en lágrimas: la amaba mas que á mi vida, mas que al sepulcro de mis padres... que á mis hijos, que á la patria tan desventurada... con el frenesí de la locura, con la pureza de la virtud y de la inocencia, y sin embargo, mi amor era ingratitud, y horrible delito que estremecía y espantaba mi corazón...

La extranjera huía, de mis ojos, y la afligía la palidez de mi frente y el dolor de mis miradas; su espíritu era de águila y su corazón duro como la piedra que se ennegrece á las orillas del mar. Pero una noche la luna rielaba en los mares y tendía la luz sobre su frente, mas hermosa que la estrella rutilante de la mañana: la extranjera fijó sus ojos sobre mis ojos arrasados en lágrimas; me miró como la fiera, sonriendo con la tristeza amarga y desconsoladora de la desgracia; en sus cabellos negros como el ébano, tenía una flor blanca como la inocencia: de allí la desprendió su hermosísima mano; sobre ella derramó su aliento, la tocó con sus labios, y luego la dejó caer sobre la tierra. ¡Pobre flor de mi corazón!... la levanté de la arena devorado por la fiebre... la regué de lágrimas, la cubrí de mis amantes besos, y la guardé en el pecho y al calor de mis entrañas... Ella me acompañó en la soledad del sepulcro: ¡pobrecita flor!... ¡qué desgraciados fuimos los dos en los días de la vida!...

¡Qué impenetrables son los arcanos del señor Dios del mundo y de la eternidad!... ¡qué impenetrables!... su frente también había palidecido; su semblante estaba mustio como las flores marchitadas por el sol... la extranjera también era muy infeliz; en la oscuridad de la noche derramaba lágrimas que abrasaban la frescura de sus mejillas, y apagaban el brillo celestial de sus miradas... ¡ay! ¡qué recuerdos tan llenos de luto y de amargura!... La orilla del mar estaba solitaria: el sol iba á esconderse en el horizonte; sentado sobre una roca pensativo, fijó los ojos en la onda azul, que llegaba á perderse en la arena, como en el mundo los años de la vida, pensaba en la muerte... en la muerte, consuelo de los afligidos y dulcísima á mi dolor... Oí el eco de una armonía celestial... ¡qué que era la voz de mi madre que me llamaba del sepulcro; era el canto de la extranjera que lo envolvía la brisa en el perfume de las flores!... «¿Por qué te vi Guacanajari decías anegada en lágrimas... yo soy madre, ¿quieres que manche el tálamo del padre de mis hijos?... mi corazón te ama... el aire que tú respiras necesita respirarlo mi espíritu para vivir... me nutro de suspiros... ¡tú eres el suspiro mío, Guacanajari!... nacimos para derramar lágrimas y morir de angustia... te amo como al ángel de la luz... pero el arco iris nos separa, y á nuestros pies abra la mar sus abismos... te amo Guacanajari, para unirnos en el cielo por una eternidad...

Concluyó el canto, y sentí berizarse mis cabellos: el frío de la muerte se apoderó de mi alma. Es necesario morir, dije, sin verter una lágrima, y sin apartar los ojos de las ondas del mar azul que abrian á mi vista su inmensa tumba. ¡Adios Marien! ¡adios Habiti!... ¡adios mi pobre Ainaina!... murmuré ahogado por el dolor... y sentí una mano fría y temblorosa que descansó sobre mi cabeza: alcé los ojos cadavéricos en mi última angustia; sobre ellos cayó una lágrima de fuego que me abrasó la vida en el momento de desprenderse el alma de mis entrañas. La extranjera besó mi frente, recogió en sus labios mi último suspiro, y yo caí moribundo sobre las rocas.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

(1) Marien. Se llamaban los estados donde residía Guacanajari á cuatro leguas de la mar.

(2) Lugar donde no crece árbol ninguno; en ellos suele encontrarse alguna palma.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

Notando que esta farsa, algo á lo Tiberio, no producía tanto efecto como él esperaba, cogió un hacha, levantó la parte inferior de la red y se lanzó al mismo campo en que el oso enfurecido rugía y enseñaba sus garras teñidas en sangre de los senadores. Carlos XII se fué derecho á él, le esperó, le provocó, le evitó tres veces antes de atacarle y en seguida levantó su hacha.

No fué bastante hábil en este momento supremo, y el hacha no hirió de lleno sino sobre el hielo cortando la mitad de una pata trasera del oso. La pata delantera larga y herizada, se apoyó sobre el hombro del rey que abrumado por este peso cayó pálido y temblando sobre sus rodillas. Acudióse á socorrerle; pero él ya se había vuelto á levantar. Después de haber echado atrás el hierro ensangrentado de su hacha, le inclinó hácia delante y le hundió en el cráneo espeso y sombrío del oso que cayó á su vez cegado por la sangre y por la muerte.

En tanto que la corte admiraba el valor verdaderamente heroico del joven rey, la dama de honor de la condesa Aurora murmuraba:



—Qué terrible sería ese hombre si aplicase su energía salvaje á hacer la guerra á los reyes vecinos suyos... Se le impedirá hacerlo. Y volviéndose á la condesa, la dijo algunas palabras que parecieron causarle tanta alegría como pesar la habían causado las anteriores.

Carlos XII durante este tiempo, había cortado una pata del oso y la había ofrecido como trofeo á la condesa, que apenas pudo con sus manos encantadoras, aceptarla y hacerla pasar en seguida á sus criados.

—A Stokolmo! exclamó en seguida el rey, á Stokolmo donde según espero cenaremos con buen apetito.

Los doce senadores humillados volvieron á ocupar su puesto entre los dos convoyes de trineos que rodaron hácia la capital de Suecia.

Reginold, que á la ida había sufrido tanto con la conversacion del rey y la condesa, pareció ser mas feliz á la vuelta. El rey cansado por el combate que acababa de sostener con el oso, se había adormecido, y el favorito pudo hablar á sus anchas con Aurora. Como todos los que aman, comenzó, aun antes de saber si era amado, por las salvas ordinarias de las quejas.

—La conversacion del rey, la dijo, parecia agradaros mucho?

—Es verdad, no trataré de ocultarlo.

—Lo conseguiriais difícilmente.

—No pretendo probar.

—Un rey tiene tantos medios de hacerse escuchar... amar...

—Sin duda; pero tiene tambien tantas razones para dudar que se le ame por si mismo!

—Estan los demás mas seguros?

—Al menos deben estarlo de que no es por su corona por lo que se les dice que se les ama.

—Cuando se les dice...

—Pero de qué estamos hablando? preguntó la condesa con mar coquetaria en la voz que en los ojos encantadores llenos de tierno interés.

—No sé... murmuró Reginold, pero creo que se trataba del rey...

—Y deciais segun creo...

—Decia, prosiguió Reginold con mal humor, notando los rodeos sin número que tomaba la condesa para evitar el entrar en la via apasionada á que él queria llevarla á fin de declararla su amor; grande imprudencia porque el rey podia no dormir y la dama de honor no perdía una palabra de la conversacion; decia, prosiguió, que el rey tendria pocos ratos de ocio si amase á alguien...

—Y por qué?

—Por que? Oh Dios mío, bien puedo decíroslo, pues aqui los secretos



de estado pertenecen á todos, excepto al rey. Desde luego, añadió con desquite, toméis demasiado interés por S. M. para no tener derecho á conocer cuánto le incumbe y bien, estamos en vísperas de tener guerra con los sajones.

—Guerra! exclamó la condesa.

La dama de honor se dijo: «El mensaje que ha recibido el rey es igual al que he recibido yo. Perfectamente. Veamos como nuestra condesa vá á representar su escena con ese joven á quien acaba de arrancar su secreto.»

—Si, señorita, la guerra. Los sajones han penetrado con las armas en la mano en una provincia del rey; ocupan una parte de la Libonia y creo que el rey no vacilará en acudir en persona á la defensa de sus derechos.

—Sin duda! exclamó la condesa con el mismo entusiasmo juvenil.

—Cómo, sin duda? la dijo entre dientes Georgina, cuidad mas de vos, niña, os pasais al campo enemigo.

La condesa trató, ruborizándose, de reparar su pecado de sinceridad.

—Sin duda, repitió, pero tendrá entonces que dejar su corte, sus placeres...

A lo cual replicó Reginold.

—Tiene generales... oficiales...

—Le seguireis, no es cierto?
 —En otro tiempo yo hubiera dicho mil veces si y ma hubiera ofendido que se dudase de mi respuesta; pero ahora...
 —Ahora...
 —No tendria valor para dejar la Suecia, la corte...
 —Segun parece amais mucho vuestra patria?
 Despues de un momento de silencio dijo Reginold.
 —Y vos, señorita, quisierais que se encendiese la guerra?
 —Oh, lo que es yo soy franca y os diré que no, porque si los suecos van á batirse con los sajones, yo, que aunque Sueca, estoy unida á la corte de Saxo y á la de Dinamarca, tendré que dejar la corte y no volver aqui hasta la paz.
 —Dejariais á Estokolmo si hubiera guerra que no hubiera mostrado el rostro tan desencajado si se hubiese abierto el hielo bajo su trineo.
 —Ciertamente, respondió la condesa.
 —Despues de todo, prosiguió Reginold, esta guerra no está aun declarada... quizá no tenga lugar... debemos esperar.
 La dama de la condesa tenia todas las fuerzas de su atencion absortas en escuchar y observar.
 —Si no tuviera lugar seguiriais en Suecia, en Stockholmo, en la corte.
 —Así lo creo, respondió la condesa; pero eso es un sueño, porque quien impedirá al rey llevar la guerra á Libonia?
 —Carlos XII no ha hecho nunca la guerra... se le pueden pintar los disgustos, las desgracias... Además se ha aficionado á los placeres y no hay sino aficiolarle aun mas...
 Veíase bien que al hablar así Reginold, hacia una violencia horrible á su carácter, á sus gustos caballerescos, á su lealtad, á su amistad á Carlos XII; pero amaba á la condesa y el amor tiene otros muchos crímenes que reprocharse. La condesa misma se ruborizaba de oír hablar á Reginold, cuya nobleza de alma conocia, pero le obligaba á estos tormentos obligada ella misma por Georgina que la fascinaba imperiosamente con su presencia, su mirada y su voluntad.
 —Pienso, prosiguió Reginold, encenagándose mas y mas, que esta guerra no debe realizarse... no se realizará... se negociará... se establecerá la paz y vos quedareis... oh sí, quedareis siempre... siempre...
 La dama de honor hizo á la condesa un guiño que queria decir— Muy bien, estoy contenta de vos; pero acabad vuestra obra.
 La condesa respondió.
 —De ese modo hareis cuanto dependa de vos para que Carlos XII no haga la guerra?
 —Os lo juro, respondió con ardor Reginold, apoderándose á pesar de la rapidez de la carrera, la mano de la bella condesa y llevándola á sus labios. Creia que no deseaba tanto alejar la guerra sino por no separarse de él.
 Habiendo llegado al fin á las puertas de palacio, los trineos se detuvieron. Carlos XII dormia tan profundamente que Reginold tuvo que despertarle.
 —Qué horrible sueño he tenido! dijo á Reginold, abriendo los ojos y apeñándose, tú me asesinabas.
 Megret encontró una palabra mucho mas feliz al ofrecer su mano á la condesa Aurora para ayudarla á apearse.
 —Señora, la dijo: hemos tenido hoy dos Auroras y nos ha quedado la mejor.
 Olof fué entusiasmado de poder gritar aun.
 —Ah francés! amable francés! francés demasiado amable!
 —A la mesa! dijo el rey á sus jóvenes compañeros despidiéndose de las damas. A la mesa! y dirigiéndose particularmente á la condesa de Königsmark añadió:—Nunca he sido tan feliz como hoy.
 En cuanto la condesa se encontró á solas con su dama de honor, la dijo:—Señora, el papel que me haceis representar me da miedo... el rey me ama.
 —No sois amada de Reginold y no le amais? la respondió Georgina sonriendo.
 —Oh señora ¿qué es lo que hacemos?
 —No hacemos, deshacemos, dijo Georgina ó mas bien la verdadera condesa. Deshacemos un reino.
 Se habrá adivinado ya que Georgina era la verdadera condesa de Königsmark disfrazada de dama de honor, y que por consiguiente la que pasaba por condesa no era mas que Georgina la dama de honor. A favor de este disfraz, la condesa sabia como criada todo lo que se escapaba á la criada como señora. Hasta aqui todo iba bien... excepto por parte del caballero Megret que la inquietaba y la inquietaba mucho.
 Los resultados de esta intriga política, mezclada de aventuras de amor y guerra, debian ser incalculables, infinitos, terribles, divertidos, prodigiosos, y esto es lo que fueron.

(Continuará.)

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuacion.)

Cambió de ademan Ulrico y se plantó con fiereza.
 —Sabeis manejar una espada?
 —Nunca he perdido el tiempo en esas fruslerias.
 —Y tirar del gatillo á una pistola?
 —Tal vez.
 —Teneis valor?
 —No sé, nunca he tenido ocasion de manifestarlo.
 —Yo vengo á ofreceros una; ¿aceptais un combate á muerte?
 —Con quien?
 —Conmigo.
 —Con Satanás, sí, con vos, no.
 —No! ¿Con que decís que no!
 —No atenezas, rapaz, si no quieres que te deshaga entre mis dedos, como la piedra al grano de trigo.
 —Muy bien! ¿Sois consecuente en vuestra conducta! ¿Yo creí encontrar un hombre! Miserable!... Ha sacrificado mi hermana á la mujer de su amigo, y me rehosa una satisfaccion!
 Dió un salto Ulrico sobre las ruinas, y exclamó echando espuma de cólera:
 —¿Qué habeis dicho? ¿Qué es lo que habeis dicho? Repetid esa última frase; no la he oído: ¿qué habeis dicho?
 —La verdad, cuando tanto os habeis conmovido.
 —Vais á retractar esa atroz calumnia.
 —No tengo que retractar nada.
 —Si os retractais, nos batiremos.
 —Pues entonces me retractó.
 —La hora?
 —Esta tarde.
 —El sitio?
 —En el puente del Gard.
 —Las armas?
 —A vuestra eleccion.
 —Los testigos?
 —Yo lo seré vuestro, y vos mio: cuando se trata del honor de una mujer con dos hay demasiado.
 —Hablais como un hombre.
 —Ya vereis si soy niño. Esta noche á las diez delante de la gruta de los Gitanos.
 —En el puente del Gard.

IV.

Cuando un incidente espantoso ha desconcertado nuestra alma, y entramos en la tranquila morada de un amigo ocultando en el corazon un pensamiento de sangre, un secreto de muerte y de venganza, nada nos enternece tanto como el ver la dichosa calma que reina en derredor de la familia; ella contempla nuestros tormentos hoy, como ayer contemplaba nuestra felicidad; engañale la fingida apariencia de quietud que presta al rostro la fortaleza del ánimo, y no divisan sus ojos la roja nube que ensangrienta el horizonte.

Comiase siempre á las cinco en casa de Durand: dió Ulrico algunos cuantos paseos en la Fontana para componer el semblante, y cuando conoció que se hallaba repuesto de la agitacion que habia sufrido, entró en el jardin. Halló á Durand jugando con sus niños; una dulce sonrisa brillaba en los labios de la hermosa Arlesiana; cantaban los canarios en las jaulas; un rayo de sol doraba una lozana higuera que estendia su ramaje sobre el pozo; el olor de las pámpanas embalsamaba el ambiente, y oíanse de cuando en cuando los suavísimos trinos del cantor de los bosques.

Cuando en los sueños de nuestra imaginacion nos formamos un cuadro de felicidad, parece que entrevemos siempre un modelo de este género. La felicidad consiste en cosas muy sencillas, y está casi siempre á nuestro alcance; pero el hombre desdeña todo aquello que puede conseguir fácilmente.

Sentáronse á la mesa. Ulrico estableció en su cara una sonrisa permanente. Habíase resignado á parecer contento con un valor que rayaba en heroismo. Hemos tratado de sorprenderte agradablemente, le dijo, y por vida mia que al verte de tan buen humor me doy el parabién por haber tenido esta idea. Has de saber que mi mujer se muere por bailar como buena Arlesiana; el otro día desenterraron en las ruinas del Podium cuatro estatuas de mujeres danzando; con que ya ves si es pasion hereditaria! Como te veo firme en la resolucion que has tomado, no tengo inconveniente en recordarte que madama fue espresamente desde Arles al baile de M. Charlotux para bailar hasta que se le rompieran los zapatos; pero ya sabes lo que sucedió, y que

se vino sin bailar un compás siquiera de galopa. Ahora bien; es menester reparar las faltas de aquella noche, y con este objeto he convidado esta mañana á los parientes y á nuestros mas íntimos amigos.

Procuró Ulrico con todas sus fuerzas sostener su sonrisa estereotipada.

—Con que esta noche... ah!

—Si, esta misma noche. Nos reuniremos una docena de personas; ya ves que no será cosa de ahogarse. Vendrán dos hermanas y tres primas de mi mujer, criaturas hermosísimas que descienden de la familia arlesiana del emperador Gallo y que forman una preciosa colección de perfiles antiguos en ángulo recto, de lo que no se ve ya en nuestros días. Me parece que hablo como artista.

—Con que es esta noche! dijo descuidadamente Ulrico, sin poder conservar por mas tiempo su engañadora sonrisa.

—Si, esta noche, esta noche á las nueve. Yo te prestaré un vestido, no tengas cuidado por eso... Pero, acaso tenias otro proyecto?

—No... si... si... tenia...

—Qué proyecto tenias?

—Nada... ya te acordarás de lo que hablamos el otro día... La Thebaida... El conde Gerardo... la caravana del desierto... Dios es grande y Mahoma...

Abria madama Durand unos ojos de esfinge de una dimension piramidal.

—Hombre! dijo Durand, eso no corre prisa; la caravana puede esperar... todo vien en ser dos dias mas ó menos.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir á caballo al puente de Gard?

—Qué preguntas haces? pues no has estado veinte veces en el puente de Gard?

—Si, he estado de día... pero de noche, con la claridad de la luna...

—Ya; pero la luna no se pone hasta la madrugada. Si será estrella tuya descomponer todos los bailes de la ciudad y de sus contornos?

—Con que se necesita hora y media, á caballo...?

—Vamos! ya he adivinado lo que es! tienes una cita con Myraba... Hizole Ulrico una seña para que callase, y se quedó Durand con la boca abierta; clavó la Arlesiana en Ulrico sus hermosos ojos negros, y se levantó de la mesa. Continuaron en su conversacion los dos amigos.

Con que has vuelto á caer en el lazo! dijo Durand absorto.

—No... no precisamente... ya ves que...

—Vaya, dime...

—Ya lo sabrás mañana... Tengo motivos para...

—Y mi baile?

—Lo que es el baile puede principiarse... Yo espero, y es muy posible, volver antes de que se concluya.

—Pero, ¿cómo has tenido tiempo de renovar esas relaciones? Hace diez dias que no sales de casa... ¿Te ha escrito?

—Si... He recibido noticias verbalmente... Créo que se hace tarde... ¿Cuánto tiempo se necesita para ir á caballo á la gruta de los Gitanos?

—Una cita en una gruta!

—No... la gruta es lo de menos... Ya verás... Me parece que es muy tarde...

—Por vida mia, que si no estás loco... Vaya! Yo no me separo de ti. Estás verde... me causas miedo; pero, ¿qué es eso? ¿á donde vas?

—Si, si; déjame... Ya nos volveremos á ver... Dame un abrazo...

—No; tú tienes alguna idea horrible... aquella alegría no era natural... algun pensamiento infernal abrigas en tu corazon.

—Dame un abrazo, amigo mio.

—No, yo no te dejas...

Y le quiso sujetar con las dos manos; Ulrico con sus hercúleos brazos rompió facilmente aquellas ligaduras y se lanzó como un ciervo por encima de los ballados: el hombre mas ágil no hubiera podido seguir al jóven é impetuoso montañés. Oyóse resonar en el aire un patético adios dirigido al sosegado jardin.

El criado, que habia recibido ya sus instrucciones, le esperaba en el vestibulo de su casa.

—¿Está todo preparado? Preguntó Ulrico.

—Si señor.

—¿El caballo?

—En la cuadra ensillado.

—¿La caja que te mandé comprar?

—Colgada de la silla y tapada.

—Haz que enganchen ahora mismo los caballos de posta á mi calesa, y vé á esperarme al patio de la fonda de Lafoux: ¿entiendes? No respondas á ninguna pregunta que te hagan, y cuenta con pagar bien. Si no he vuelto á media noche, llevas los caballos á Nimes, y mañana mismo sales para San Hipólito con esta bolsa de mil escudos que te regalo. Cuidado con hablar una sola palabra.

Dando estaban las nueve en el reloj de Remoulens, cuando llegó Ulrico al puente colgante: pero ahora en lugar de pasar por él, se lo dejó á la derecha y se internó en el sombrío bosque de encinas que se estiende á lo largo del camino que conduce al puente de Gard.

Libre ya del temor de llegar demasiado tarde á la cita, detuvo el paso á su caballo, y se abismó melancólicamente en las reflexiones que le sugerian las circunstancias de que se veia rodeado.

¡Qué mundo y qué vida! se decia á si mismo en voz baja, como si comunicase á un amigo alguna misteriosa confianza. Dios nos ha concedido el amor; placer que mete mucho ruido y que vale mucho menos que lo que generalmente se piensa! En fin, nos contentamos con él á falta de otra cosa mejor; y entonces la fatalidad agota todas sus combinaciones para turbar nuestra pueril alegría. Las breñas de este bosque no tienen tantas espinas como nuestra existencia. Parece que en este mundo todo conspira contra el amor: semejante al jardin de las Hespérides no se puede coger una de sus manzanas sin peligro de ser devorado por el horrible dragon que las sirve de centinela. Yo hubiera podido retirarme tranquilamente de esta sencilla intriga y seguir mi rumbo por otra parte; pero, no señor; hay un hermano, y si no hubiera existido este hermano, lo hubieran inventado! El camino del placer está plagado de hermanos, de padres, de maridos, de rivales, de envidiosos armados de espadas y de pistolas. Oh voluptuosidad! Los antiguos habian representado al amor bajo la forma de un niño jugueton y travieso. ¡Qué necios fueron en esto!... Vamos á dejarnos matar.

Un liston plateado se dibujaba al través de las encinas: era el Gardona. Dobló Ulrico un promontorio de colinas á su izquierda, y descubrió el puente de Gard en la trasparente claridad de una noche de verano. Oíase sin embargo allá á lo lejos bramar sordamente el trueno bajo una nube inflamada con las exhalaciones del día. El estampido del rayo resonaba en triples ecos sobre los elevados arcos del acueducto triunfal, como las metálicas ruedas de los carros en las ovaciones de los cónsules. El cielo estaba cuartelado de luminoso azul, y de borascosas tinieblas; un sordo murmullo de druidicas hojas se prolongaba por los bosques de encinas confundiendo con las quejas nocturnas y monótonas de los grillos.

Llegó por fin Ulrico delante de la gruta de los Gitanos y habiendo llamado en voz alta á su contrario, retumbó el eco de elipse en elipse bajo los prolongados arcos del acueducto romano como los sonidos infinitamente variados de una orquesta. Aquel eterno monumento que ha sobrevivido á las miserias y locuras del hombre, estendia sus colosales brazos durante las sombras de la noche, para abrazar con ellos dos montañas. El bosque de encinas cubria su frente, como una inmensa corona mural concedida en señal de triunfo. El rio, al estrellarse en los ángulos de aquellos sillares prodigiosos los llenaba de armonia; cualquiera hubiera creído oír al acueducto conversar magistrosamente con la noche y referirle los tiempos en que Roma se asociaba con Dios para dar cima á alguna sublime empresa.

—Qué irrisión! decia Ulrico, venir á arrastrar nuestras miserias á los pies de este gigante! hacer testigo de nuestras ridiculeces á ese inmenso monumento que ha desgastado las uñas y el diente roedor de la barbarie sarracena!

Ató el jóven el caballo á la entrada de la gruta, tomó sus armas, y siguiendo el sendero lateral que arranca en aquel punto, subió á la cumbre de la cincelada montaña, que se llama Puente de Gard.

Rápidos y violentos eran sus pasos sobre aquel ladero, que se estiende temblando en el aire como el sillón de un arquitecto italiano en la bóveda de una basilica. Aquel tercer orden de arcos lleno de las armonías del rio y de las tempestades, parecia retener en sus venas el agua triunfal que atravesaba desde una montaña á otra á las órdenes de Agripa. La proximidad al cielo habia hecho olvidar al artista las fragilidades del mundo: desde lo alto de su pedestal sublime, abarcaba con su vista todos los horizontes, perdiase en las nubes como el a trevido aerostata, y creia ver la tierra debajo de sus pies. Pero aquellas decoraciones se mudaban á cada instante, y sucedia á las tinieblas una claridad livida, que permitia divisar en el llano otras líneas de acueductos, que semejaban las sombras del puente de Gard. La noche, empero, ostendia otra vez su negro manto, y la vista divisaba apenas en el fondo del doble precipicio, el amarillento rio, perderse en las negruras masas de encinas; el ruido del torrente llegaba á aquellas alturas como un suspiro medio apagado que exhalara un ánima en pena perdida en los laberintos del valle.

La voz de un hombre y el galope de un caballo sacaron á Ulrico de su éxtasis, y lo restituyeron á las realidades de la vida. Dió un grito enérgico para responder al que lo llamaba; fúnebre cartel de reto que el cielo y la tierra se enviaron en aquel terrible momento!

En breve percibió Ulrico el rumor de ligeras pisadas rompiendo las malezas á lo largo del estrecho sendero; y el hermano de Margarita no tardó en hallarse frente á frente de su contrario.

—Las diez! dijo el alentado doncel.

—Está bien! respondió Ulrico. Quereis que bajemos?

—Estamos bien aqui. ¿Dónde están vuestras armas?

(Continuará.)

ORIENTAL.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja
Tus esquivaces plañia
Llorando al pié de tu reja.
Escucha, hermosa cristiana.
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al profeta
Yo bendiga;
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana mas hechicera
Que el ameno
Paraíso, no te cura
De las palabras del conde
Que han de ser mi desventura.
Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

JOSÉ ZORRILLA.

A UN CHATO.

Cuando alguno te ofendiere,
Como careces de trompa,
No temas aunque dijere:
«Calle el feo, sino quiere
Que las narices le rompa.»

Las dudas me vuelven loco.
Aunque el mas leve deslíz
Pille tu olfato feliz,
No podrán decir tampoco
Que tienes buena nariz.

Y aunque disputes, amigo,
Con razones infelices,
No podrán, siendo testigo,
Decir al hablar contigo:
«Miren qué par de narices.»

De vicio debes quejarte.
Te envidio mucho que sí!
¿Quién podrá decir de tí,
Al pasar por cualquier parte:
«Ya las narices le ví?»

Y es que tampoco dirán,
Pues decirlo no podrán
Aunque de risa las llen,
Que al ver tu cara de can
En tus narices se rien.

¡Te quejas, por vida mía,
De tu destino infeliz!
¿Qué es, cuando está fresco el día,
Lo primero que se enfria?
¡La punta de la nariz!

¿Dónde mas daño te harás,
Si algún porrazo te abruma?
En ella, por ser quizás

Lo que sobresale mas,
Salvo error de pelo ó pluma.
Y si duermes con trabajo,
Cuando el cuello te se encorve,
Tú, riéndote del orbe,
¡Zás! te vuelves boca abajo.
Sin que la nariz lo estorbe.

Mas ya miro que bendices
La razon en que me fundo,
Y muy satisfecho dices:
«Para vivir en el mundo
No es necesario narices.»
Pero... á Dios, cara de gato.
¡Punto! de cansar por tí
A mis lectores no trato;
Que no me fastidia á mí
En el mundo ningún chato.

EDUARDO ASQUERINO.

LA CAJA DE PANDORA. Prometeo hizo una bella estátua que llamó Pandora; enamoróse de su obra, y para darle vida robó el fuego del cielo. Júpiter irritado dió á Pandora una caja que contenia todos los males, y mandó á Mercurio que atase á Prometeo en una peña del monte Cáucaso donde un buitre le roía las entrañas, hasta que Hércules lo mató.

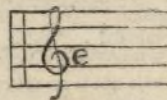
OREJAS DE MIDAS. Era este rey de Frigia y la echaba de diletanti y literato. Fué elegido por árbitro en una cuestion que tuvieron Apolo y Pan sobre cuál cantaba mejor, y dió una prueba de su inteligencia y buen gusto prefiriendo los cantos de Pan á los del dios Apolo; este á su vez juzgó que le estarían bien orejas de burro, en las que se trocaron al punto las suyas. Bien hecho, señor del Parnaso, á cada cual sus atributos.

ADVERTENCIA.

El SEMANARIO publicará inmediatamente producciones de los señores Breton de los Herreros; Garcia Gutierrez; Zorrilla; Hartzenbusch; Lafuente (Fr. Gerundio); Asquerino; Selgas; Florentino Sanz; Gonzalez de Tejada; Fernan Caballero y otros escritores igualmente apreciados de los lectores habituales de nuestro periódico.

Preparamos tambien una preciosa coleccion de grabados, que comenzaremos á estampar en este mes.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.